

Otro.

Todas las tardes me gusta pasar por el mismo sitio, sobre la misma hora, para ver a esa chiquilla que después de tantos días sigue sorprendiéndose al verme y corre junto a su madre, que generalmente se encuentra sentada en un banco hablando con otras madres. Los primeros días, la chiquilla corría aterrorizada. Es normal, pues mi aspecto ha de ser su contrapuesto universal. Si bien, noto que últimamente ya solo me mira extrañada, o mejor dicho, me investiga. Se mira y me mira como en el estadio del espejo y, si le sonrío o le hago un gesto con mi enorme dentadura blanca, se esconde entre los brazos de su madre, que al principio parecía avergonzada, pero que después ha terminado también por disfrutar con ese juego en el que la niña va conociéndose.

La ciudad es bella, sobre todo en verano. La gente se sienta en las terrazas a la sombra y siempre compran algo más. El invierno, en cambio, es triste, y hace un frío que jamás llegué a imaginar que podría hacer. Los contrastes que en el desierto se reproducen entre el día y la noche, cuentan aquí el paso de los años.

Siempre hago el mismo recorrido por el centro. Desde el parque de San Francisco, dónde juega mi particular amiga, hasta la calle Bordadores. Allí custodia mi ronda la estatua de un hombre de barba perfilada. Tiene gafas, y su aspecto reflexivo le da un talante de hombre sabio. Como yo, pasea observando el mundo con los brazos atrás, algo encorvado. Verdaderamente debió de ser un hombre importante. De dónde yo vengo, tenemos prohibidas las representaciones figurativas.

Después camino calle arriba hasta la Casa de las Conchas, y cruzo por la Rúa Mayor hasta la catedral, dejando a un lado la Clerecía. En Anaya, si hace bueno, me quedo un rato sentado en un banco, o en las escaleras del Palacio de Anaya. Es una

ciudad turística, y siempre hay gente de otros lugares interesados en visitar cada edificio, sin pararse a observar a la gente, que es el verdadero tesoro de estos lugares. Mi padre siempre decía que en la hospitalidad está la verdadera riqueza, no en la ostentación. Aún recuerdo sus palabras, dios le tenga consigo, cuando todavía era un niño.

Era un hombre severo, tal vez demasiado austero en sus costumbres. Temeroso de Dios, tenía buen corazón. Mis hermanas y mi madre le adoraban. Por supuesto, yo también. Realmente nunca me había parado a pensar en estas cosas hasta que llegué a España. Aquí todo es tan distinto que a veces dudo de si acaso mi padre se llegó a enterar alguna vez de algo, el caso es que hablaba y hablaba y la gente que acudía a hacer tratos con él, disfrutaba de su conversación.

Al principio le trataron como a un sabio, después pasaron a considerarle un viejo loco. Lo cierto es que conservó el buen juicio hasta el final, y con su último aliento acertó a decirnos a mis hermanas y a mí con una sonrisa inmensa de felicidad “es el mundo el que se ha vuelto loco”.

No sé por qué, pero estos tipos que pasan el día en Anaya, perdiendo el tiempo pidiendo cigarrillos y silbando a las muchachas que pasean, me recuerdan a él, mitad locos, mitad sabios. Esconden la infinita sabiduría de la calle.

Después suelo bajar por Tentenecio, junto al Archivo, hasta el puente romano. La vista desde la cruz que corona el Arco de Aníbal es fabulosa, nada que ver con ninguna otra cosa que me recuerde a casa salvo el hecho de que esta ciudad esconde el encanto de los lugares pequeños, a medio camino entre el pueblo y la ciudad, entre lo

antiguo y lo nuevo, impasible ante lo bueno y lo malo, como convertida en una realidad neutra, apartada, solitaria...justo lo mismo que Smara.

Mi pueblo era tan solitario que por no pasar, no pasaba ni el tiempo. Tan acomodados estaban todos a ello que el día que les dije que me iba, parecía como si hubiese roto una extraña tradición ancestral, seguramente esa que nos mantiene postergados en esa nada absoluta y cotidiana, en la que incluso el paso del tiempo es imperceptible porque cada día es el mismo a pesar del movimiento de los planetas.

Es fácil identificar a los chavales que pasan las tardes junto al río, y muy difícil no juzgarles a simple vista. Unos patinan, otros fuman hachís o tocan instrumentos. Cantan algún tipo de flamenco fusionado con aires árabes y africanos, hacen botellones, también practican deporte...pero pocos se dan cuenta de que el paso del tiempo también es imperceptible para ellos.

Si bien es verdad que aquí este proceso se acelera, y los años que en mi tierra marcan el paso de las estaciones, llegan a marcar en Occidente el paso de los días que, para cuando uno quiere darse cuenta, se han tornado años. Todo de la misma forma que allí, sin moverse tan siquiera un centímetro, sin pararse a pensar hacia donde se dirige todo, tal vez porque no se dirija a ningún lado.

Yo tuve que desplazarme miles de kilómetros para darme cuenta de ello, y ahora estoy aquí atrapado en la misma nada, tratando de vender algún disco.

Me gusta volver a casa, en el barrio del Carmen, por el puente de las universidades. Siempre hay alguien haciendo deporte en las pistas de salas bajas o paseando por el carril bici. Las chicas de otros países europeos se cuidan más que las españolas, pero no son tan bellas. Ellas continúan escondiendo ese secreto que, digan lo

que digan, es más africano que europeo. Me gusta imaginar qué hubiera dicho mi padre de los españoles de hoy.

Dejémonos de chácharas y vayamos al meollo de la historia. Todavía recuerdo aquella tarde, a la altura del campus de Unamuno, en que me salió al paso un hombre de aspecto quijotesco. Alto y delgado, su rostro severo quedaba enmarcado por una perfecta barba blanca. Tenía gafas redondas, gastadas de tanto leer. Era como de otra época. Vestía elegante, como un catedrático. Lo digo porque sin duda era inteligente, su mirada le delataba. Caminaba seguro, con las manos cruzadas en la espalda. Era como si ya le hubiese visto antes, pero no le ubicaba. Recuerdo (creo) que me sonrojé cuando me miró y me hice el despistado. Él sonrió y me dijo: “¿Qué vendes moreno?”. Se lo mostré con recelo, no parecía un policía de paisano. De pronto se puso serio, “¿Acaso crees que le importa a alguien tu relato?” No supe que responderle.

“Ese recurso ya lo he utilizado yo antes” me acusó. “¿Cuál?” Me excusé haciéndome el despistado. “El de confrontar los personajes con el autor”. Esperó a que respondiera.

“Pero yo no he confrontado a nadie” traté de justificarme. “Aquí solo hablaba yo hasta que tú apareciste y, que yo sepa, no eres el creador”. Sobrio, respondió: “Tú tampoco. Pero si ni siquiera eres sahariano. No eres nada”, y sus palabras resonaron como un mal de ojo. Como si las hubiese lanzado un hechicero, y una vez pronunciadas, comencé a convertirme en otro. Mi aspecto, mis recuerdos, todo comenzó a cambiar.

“Te lo dije” esputó. Su tono era triunfal. “Deberías dejar esto para los profesionales. ¿Ahora qué vas a hacer si tan siquiera sabes quién eres?”. Cargué mis palabras de valor: “Sigo siendo el creador” respondí, “y si lo deseo puedo cambiar mi aspecto”.

“¿Seguro?”. Ahora parecía como si me estuviese dando una lección en la que el conocimiento que adquiriese iba a tener unas consecuencias nefastas para mi existencia, que poco a poco, comenzaba a convertirse en otra.

“Tu creación no es tuya”, continuó, “es mía y de todos los que estamos detrás”. “¿Detrás dónde?” me hice el despistado mirando a mi alrededor. “Venga, no te hagas el despistado”. Ahora parecía estar leyendo mis pensamientos. “Antes has citado a Lacán” Hice un gesto como si no le entendiese. “En el inconsciente, ¡estúpido!”. Su voz no se detuvo. “Si yo te estoy influyendo en este relato, este relato me pertenece. Es mío, no tuyo”. Su juicio sonó tajante. “Pero no tienes derecho”, contesté dolorido. Aquel hombre verdaderamente se estaba apoderando de mi relato.

Entonces, su rostro se relajó de repente, “Después dejará de ser mío, no te preocupes”. Entonces sí que no entendí nada.

“¿Y será mío?” le pregunté expectante. Mi pregunta pareció irritarle. “No insensato, el relato nunca ha sido tuyo”. Dudé, “¿Y de quién será?”.

Contestó casi sin pensarlo, como si ya supiese mi pregunta antes de que la formulase, “Será de quien lo lea, y solo podrás influir en ellos como yo lo hago, entrometiéndote en la redacción. Podrás incluso apropiarte de sus relatos, como yo lo hago ahora con el tuyo”. De repente, comprendí.

Y también de repente aquel hombre se marchó caminando por donde había venido. No era un fantasma. Sus pasos se marcaban en la hierba, incluso saludó a alguien que pasaba por allí. Me recompuse de aquel extraño encuentro y el color había retornado a mi piel. También recuperé mi aspecto, mis recuerdos. Todo volvía, aparentemente, a ser como antes...

